



El peligro de la "vergüenza prometeica"

Reyes Mate

Profesor de Investigación del CSIC *ad honorem*
Dpto. de Filosofía Teórica y Filosofía Práctica

Instituto de Filosofía - Consejo Superior de Investigaciones Científicas
C/Albasanz, 26-28. Madrid 28037
reyes.mate@cchs.csic.es

1. Gunther Anders acuñó en su libro *La obsolescencia del hombre* el concepto de "vergüenza prometeica". Durante siglos el ser humano ha vivido el "orgullo prometeico" entendiendo por ello la conciencia de su superioridad respecto al resto de los animales gracias a la técnica, un regalo de Prometeo, como cuenta Platón en su diálogo *Protágoras*. Mucho antes de que Marx declarara a Prometeo "*el más noble de los santos y mártires del calendario filosófico*", por enfrentarse a los dioses, Platón lo había celebrado por traer en nombre de los dioses el regalo del fuego con el que los humanos pudieran suplir, gracias a la técnica que de él se derivaba, las insuficiencias de la naturaleza humana. Orgullosos los humanos, pues, de su capacidad técnica que suplía lo que la naturaleza le había negado.

Ese orgullo ha venido a menos siendo sustituido por la vergüenza. La culpa es de la técnica, del desarrollo técnico. Este, en efecto, ha ido tan lejos que nos avergonzamos de no aplicarnos a nosotros mismos lo que hacemos con las máquinas o materiales. Constatamos para nuestra desgracia que vale más lo que hace el sujeto que el sujeto que lo hace. Podemos hacer maravillas pero el hombre, incluso el que las hace, nunca será maravilloso. Lo expresa bien esa leyenda molúsica que habla de la vergüenza que sintió el dios Bamba al crear las preciosas montañas molúsicas: "*se avergonzó de no ser como ellas*". El hombre actual se avergüenza por no estar a la altura de sus productos. Hubo un tiempo en que el hombre de la cultura denunciaba la cosificación del hombre, el ponerse a la altura de las cosas; ahora lo que resulta insoponible es no cosificarse, no ser tan acabado como muchas de las cosas que sabe y puede crear.

2. Quizá resulta excesivo decir que nuestros contemporáneos viven bajo el síndrome de la "vergüenza prometeica". Digamos más bien que estamos a medio camino porque junto a esta pretensión de estar a la altura de las máquinas que podemos fabricar, se detecta cierta añoranza de la naturaleza. Podíamos referirnos a la proliferación en dietas, cosméticos y los productos naturales, pero es en el deporte donde mejor se

observan esa tensión entre lo técnico o lo natural.

Pensemos en el dopaje deportivo; por ejemplo, en el ciclismo. Hay una especie de cruzada mundial contra el uso de estimulantes artificiales que, además de dañar la salud, truncan la competición deportiva. Se multiplican los controles *antidoping* y se castiga con severidad creciente las infracciones, todo en nombre de un deporte limpio.

Esta esforzada y benemérita actitud, que predicán las instancias deportivas responsables y respalda la sociedad sin reservas, tiene un punto de hipócrita. Resulta, en efecto, que el consumidor de deporte, que es legión, exige, para disfrutarlo realmente, que sea agónico, lo que no es posible en muchos casos sin ayudas. El consumidor necesita, para superar su sopor vital o aburrimiento existencial, que el deportista se exprima hasta la extenuación y llegue al límite. Y esa es su contradicción: el consumidor de deporte exige, por un lado, emociones fuertes -lo que sólo se logra poniendo al deportista al límite de su vida- y, por otro, pide, para acallar su mala conciencia, que haya juego limpio. Pero pedir al tiempo esfuerzo agónico para superar constantemente los límites conocidos del cuerpo humano, y juego limpio es pura hipocresía.

Este problema no sólo lo tenemos en el deporte de alta competición sino que está marcado en el ideario mismo del olimpismo -*citius, altius, fortius*- que no es una invitación a disfrutar de la práctica deportiva por aquello de que lo "importante es participar", sino a superar marcas y límites por mor mismo de la superación, como si el sentido del deporte estuviera en la mera competitividad.

Hay, pues, en el deporte de alta competición una tensión entre lo que la sociedad demanda y la razón aconseja. Es, en el fondo, la misma que observamos en el mundo de la investigación científica y técnica, entre el desarrollo de la biología sintética y la razón filosófica. Si la biología reivindica la evolución, es decir, el principio del desarrollo ilimitado de las posibilidades del ser vivo, la filosofía aconseja que la susodicha evolución no sea al precio de acabar con la libertad que la sustenta.

3. No es difícil imaginar de qué lado va a caer la moneda. El mercado es más fuerte que la moralidad y el poderío de la técnica está muy por encima del de la naturaleza.

Para hacer frente a esta deriva se han multiplicado los frentes bioéticos y los códigos éticos que, a lo sumo, sirven de resignado taller de reparaciones: se da por hecho que el desarrollo técnico es imparable y lo que cabe es marcar algunas líneas rojas que acaban siendo sistemáticamente desbordadas.

Quizá habría que plantearse las cosas de otra manera, haciendo ver que el problema de la técnica no es la ética sino la antropología, es decir, que no se trata de salvar unos determinados "valores" sobre la vida o la muerte, que serían el patrimonio de la ética, sino de salvar las condiciones de posibilidad del ser humano.

Deberíamos entender que la evolución posible del ser humano puede minar el *sub-jectum*, el sustrato subjetivo que actualmente lo soporta, siendo sustituido por un ente que puede ser humano pero no natural, aunque también ni natural ni humano. Cuando la biología sintética habla de *transhumanos* o de *transrobots* o *transcyborgs* o *transcibermundos*, es de esto de lo que hablan.

Esta es la preocupación de los filósofos que se han enfrentado al desafío del desarrollo de la técnica, en general, y de la biología, en particular. Cuando Ortega dice que "*la técnica no es en rigor lo primero*" sino que lo primero es el proyecto humano al que se debe, está planteando un límite y un sentido a la investigación técnica; cuando Habermas plantea algo así como una "*estructura ética de la especie*", como condición de posibilidad de la moral individual, está apelando a un supuesto indisponible del ser humano que no puede ser alterado pues eso supondría un atentado a la posibilidad de la libertad; cuando Hanna Arendt habla de la "*natalidad*" como condición de posibilidad de la libertad, expresa la misma preocupación. Y cuando Heidegger denuncia tan machaconamente el "*olvido del ser de la técnica*" está queriendo salvar al mundo de la autodestrucción ya que si reducimos la realidad del mundo a los productos técnicos, matamos su capacidad creativa.

4. Al principio establecía una relación entre el mundo del deporte y el de la investigación científica, uno y otro atravesados por una indiscutible tensión interna. En el deporte se da una

clara contradicción entre la necesidad que impone su consumo masivo, que exige superación indefinida de los límites naturales, y la proclamación de juego limpio, expresión de la mala conciencia de esa misma sociedad. Otro tanto ocurre con el desarrollo técnico. El científico exige, desde el "principio evolutivo de los seres vivos" que se vaya tan lejos como dé de sí el conocimiento sobre el ser humano, un principio que entra en contradicción con la preocupación del filósofo que liga la figura del ser humano a la salvaguarda de las condiciones de posibilidad de su libertad, condiciones que pueden ser eliminadas por el propio principio evolutivo acelerado por la técnica.

¿Cómo se va a resolver este nudo? Si el desarrollo científico se va a determinar en el futuro como se hizo en el pasado, las perspectivas son más bien poco halagüeñas. No olvidemos, en efecto, que el motor de la investigación ha sido, hasta ahora, la guerra y el mercado.

En el caso de que la evolución de la técnica esté dictada por el mercado o la guerra habría que mirar el dopaje deportivo con otros ojos. Habría que asumir, en efecto, que el recurso a ayudas no naturales sería una forma de compensar las desigualdades naturales. Deberíamos superar la vergüenza prometeica y recurrir sin complejos a todo lo que somos capaces de hacer.

Esta superación no ya de los límites naturales sino del ser humano que hemos querido ser hasta ahora, supondría la entronización de un principio que no nos es desconocido, a saber, que "todo lo que es posible, es necesario". Sería nuestro deber activar todas las posibilidades del ser humano. Nada de lo que podamos hacer o conocer o descubrir debe sernos prohibido. No estaría de más recordar que este mismo principio, según Hanna Arendt, llevó a la humanidad a la peor de sus barbaries. Ortega y Gasset que no excedió en la crítica al nazismo, sí vio empero la inhumanidad latente en ese principio; por eso planteó la necesidad de un límite que él llamó "*el pasado*", y Heidegger "*el ser de la técnica*", y Arendt "*natalidad*" y Habermas "*principio ético de la especie*"... Esa diversidad de nombres denota que no es fácil identificar al límite pero que estamos obligados a plantearlo.

